



Victor-M. Amela - Ima Sanchís - Lluís Amiguet

Payam Akhavan, exfiscal de la ONU en La Haya

Tengo 54 años. Nací en Teherán (Irán) y vivo en Londres. Divorciado, tengo dos hijas. Mi política es que tenemos que sentir el sufrimiento de los demás y luchar por la justicia para podernos llamar seres humanos. Soy miembro de la comunidad bahá'í, cuya idea central es la unicidad de la humanidad

“Bienvenidos al infierno”



PETER BREGG.

En mi infancia, la violencia del jomeinismo me hizo sentir el dolor de la injusticia, y así comprendí la justicia desde una óptica universal.

¿La justicia es cosa de todos?

Sí, los derechos humanos no son algo teórico, son una experiencia humana de sentimiento profundo. Si el mal triunfa en el mundo es porque la buena gente no hace nada.

¿Qué le pasó a usted?

Mis abuelos me explicaban muchas historias de masacres contra nosotros, los bahá'íes. Nunca creí que volviera a ocurrir durante mi vida.

La revolución islámica se cebó en ustedes.

Amigos y familiares desaparecieron, otros fueron torturados y ejecutados, y todo en nombre de Dios. Sentí un gran desamparo e impotencia.

A los 16 años, a Mona, mi gran amiga de la infancia, la ahorcaron por escribir una redacción escolar sobre los derechos humanos junto a nueve mujeres bahá'íes más. Eso rompió en pedazos mi mundo. La única diferencia entre Mona y yo es que yo me fugué a Canadá y ella se quedó.

Esos debe doler.

Tuve que preguntarme el sentido de mi vida. Si la iba a malgastar en consumismo, egoísmo y

mediocridad. Yo no elegí la carrera de Derechos Humanos, ella me eligió a mí. No fui capaz de mirar hacia otro lado.

Fue uno de los primeros fiscales de La Haya.

Tenia 26 años, estaba recién licenciado. Fui a Harvard con Obama. Mientras mis compañeros aspiraban a hacer fortuna en Wall Street, yo fantaseaba con poder llevar a los malos ante la justicia en un tiempo en que los juicios por crímenes de guerra parecían un sueño lejano.

Y estalló la guerra en Yugoslavia.

Me pidieron investigar el genocidio. No me lo podía creer cuando conseguimos llevar a Milošević al tribunal de La Haya, aunque para este tipo de crímenes ningún castigo es suficiente.

Viajó usted a Sarajevo en 1992.

Cuando llegamos al aeropuerto, vi un grafiti: “Bienvenidos al infierno”. Eso es lo que era. En el casco antiguo de Sarajevo convivieron iglesias ortodoxas, católicas, sinagogas, mezquitas. Pero la sociedad estaba rota por el odio. En una calle llamada “la calle de los francotiradores”...

...era donde se repartía la comida y el agua, y los francotiradores disparaban al azar. Vimos cientos de cadáveres en la calle. Recuerdo el de una

La odisea de la humanidad

La retórica del “nosotros contra ellos”, cada vez más empleada por los políticos, pone en peligro los derechos humanos del mundo entero, afirma este profesor de Derecho Internacional en la Universidad McGill de Montreal. Miembro del Tribunal Internacional de Arbitraje y antiguo fiscal de la ONU en La Haya, exdelegado de la ONU en zonas de conflicto por todo el mundo: Bosnia, Camboya, Ruanda, Guatemala, Timor Oriental..., y consejero legal ante el Tribunal de Justicia Internacional, el Tribunal Penal Internacional, el Tribunal Europeo de los Derechos Humanos y la Corte Suprema de Canadá y Estados Unidos. Publica un libro emocionante y esclarecedor en primera persona: *En busca de un mundo mejor. La odisea por los derechos humanos* (Erasmus).

mujer con la cesta de comida esparcida alrededor y me pregunté quién la estaría esperando en casa. Yo venía de Viena, donde a nadie le preocupaba lo que estaba pasando en Sarajevo.

¿Por qué?

Egoísmo, indiferencia. No nos importa el sufrimiento de otros, estamos en la prisión del ego. No entendemos que, incluso cuando no estamos emocionalmente afectados, si ignoramos el dolor ajeno este se volverá en nuestra contra porque la humanidad es como un único cuerpo.

Usted huyó de los horrores de las fosas comunes, pero ese horror le persiguió.

En marzo del 2001 dejé La Haya y me fui a Nueva York, quería una vida mejor para mi mujer y mis hijas. El 11-S fueron al World Trade Center. Me costó muchas horas saber si estaban vivas.

Recuerdo el espanto que suscitó la destrucción de los grandes budas del valle de Bamiyán por parte de los talibanes. Pero a nadie le importaba la muerte de miles de afganos.

El juego político es duro y sucio.

Muchos países apoyaron a los regímenes islámicos, los radicalizaron en contra de la Unión Soviética y olvidaron a Afganistán cuando ya no les era útil, y eso nos explotó en la cara.

Estuvo en Ruanda en 1995.

Kigali era precioso, parecía un jardín; entre bellas flores había cadáveres esparcidos por todas partes. En tres meses un millón de tutsis fueron asesinados ante los ojos del mundo.

Retiraron a los agentes de paz de la ONU.

Allí no había petróleo ni minerales, nada que nos interesara. Soldados belgas y franceses llegaron en aviones militares para evacuar a los occidentales. Esther, una maestra, les rogó a los soldados que se llevaran a sus hijas de 3 y 5 años. Podían llevarse a los animales domésticos de los blancos, pero a ningún niño ruandés. “La vida de un perro europeo –me dijo llorando– es más importante que la vida de nuestros hijos”.

¿Hay esperanza?

Hasta hoy se aceptaba que los poderosos pudieran hacer cualquier cosa. Al menos ahora se condena. A veces tenemos éxito y otras no, pero más que nunca en la historia comprendemos la importancia de la dignidad humana.

La ineficiencia de la ONU decepciona.

La ONU es lo que los pueblos del mundo quieren que sea. Sin voluntad ni visión política tendremos una ONU débil e inefectiva.

¿Entrevistó usted a algún radical?

A Ahmed, un joven de 16 años reclutado por el Estado Islámico, criado en la violencia y la guerra. Se lo llevaban a la celda y me susurró: “Echo de menos a mi mamá. Yo quería ser médico”.

¿Cuál es su conclusión?

Cuando somos esclavos de nuestros ego hacemos cosas horribles. Si creamos una civilización que promueva la solidaridad y el bien común viviremos felices. Necesitamos abrazar el vínculo universal que nos une a todos.

Ima Sanchís

Suscríbete a La Vanguardia y pídele a Alexa lo que quieras

Suscripción mensual
De lunes a domingo.



El mundo afronta la hora de la verdad en la cumbre del clima

El diario y sus suplementos



La edición impresa y todos los contenidos de la web



6 tarjetas del Club Vanguardia

Altavoz inteligente con asistente por voz Alexa



TODO POR SOLO
39€
+ regalo valorado en 80€

ENERGY SISTEM
Turn life into music

Para suscribirte llámanos al **933 481 482** o entra en alta.lavanguardia.com/altavozAlexa
Sin compromiso de permanencia

LA VANGUARDIA

Oferta válida para nuevas suscripciones a La Vanguardia o suscripciones adicionales pagando con tarjeta y limitada a 135 nuevas altas. Regalo de un altavoz inteligente Smart Speaker 5 Home de Energy Sistem, valorado en 80 €, con La Vanguardia edición impresa y e-paper de lunes a domingo por 39 €/mes. Es condición necesaria que la dirección y/o el suscriptor no hayan tenido una suscripción en los últimos 6 meses. Promoción limitada a Catalunya y a 1 suscripción con regalo por cada dirección de suscripción y cliente, válida hasta el 24 de febrero de 2021 o fin de existencias. Consulta el resto de condiciones llamando al 933 481 482.